

“PANICO”, por Chancleta

Día 1

Eran las once. La luz se colaba por las rendijas de la persiana. Ese día, apareció el sol después de cinco meses de lluvia y tormentas. Era domingo y Maya estaba tirada en la cama con sólo una preocupación en mente: la sensación de caída en su estómago sólo de pensar que al día siguiente tenía que volver a madrugar para ver a sus compañeros hacer tonterías sin sentido. Sólo de pensarlo hacía que se le erizase el pelo y una sensación de cansancio la desesperaba mortalmente.

Con la mayor fuerza de voluntad jamás vista, salió de la cama. Seguía cansada, pero el hambre le pudo y se dirigió a la cocina, donde sus padres estaban desayunando la tortilla de patatas de la noche anterior.

Su padre la vio y le preguntó qué quería desayunar. Ella, esforzándose en sonreír le dijo:

- Cola-Cao, por favor.
- ¡Marchando!, contestó su padre.

Maya se sentó en la cocina decorada con neones y baldosas blancas y negras. Su padre se acercó a la nevera. En la puerta del aquel refrigerador había decenas de imanes y fotografías suyas y de sus dos hermanos, Carlos y Ricardo, que como todas las mañanas, se habían levantado pronto para ver la televisión en el salón.

Día 2

El despertador sonó y sonó, pero Maya esperó a que parara solo, ya que parecía demasiado pronto para hacer algún esfuerzo. Adelantaba el despertador hora y media sólo por el placer de remolonear en la cama. Cuando ya fue la hora se vistió, se peinó, se lavó la cara y los dientes y salió por la puerta.

De repente, un olor a muerte inundó la calle de principio a fin. Maya miró a su alrededor sólo para darse cuenta de que era la única en la calle a esa hora de la mañana. Todo estaba parado, mejor dicho: como muerto. La calle empezó a desaparecer por los dos lados. Poco a poco, sumiéndose en la oscuridad, Maya empezó a hiperventilar y marearse.

Llegó un punto en el que no había ningún tipo de iluminación. Maya estaba sola con sus pensamientos y la oscuridad. Tenía miedo. Mucho miedo.

Casi al borde de la locura, dejó de sentir las manos y los pies. Poco a poco empezó a perder movilidad. Cuando ya no se podía mover, en lo único que pensaba era en un dolor de cabeza punzante. Los segundos se volvían más y más agonizantes. Maya gritaba en vano y las lágrimas brotaban de sus ojos sin parar. Su mirada horrorizada pedía ayuda.

Empezó a notar su cuerpo partirse en dos, desde la cabeza a los pies, hasta que de ella sólo quedaban dos mitades esparcidas por el suelo. De entre éstas, brotó un sólo ser de ojos vacíos, labios carnosos y colmillos afilados. Aquello mostraba una siniestra expresión: una sonrisa de oreja a oreja enseñando los dientes.

La criatura se reclinó sobre una de las mitades de Maya y empezó a engullirla mostrando dentro de su boca un glóbulo ocular con un signo pintado en sangre. Cuando terminó de devorar la primera mitad, clavó la mirada en los dos hermanos de Maya, que observaban la horrible escena desde la ventana paralizados por el pánico y el miedo.

Miedo de no volver a ver a su hermana. Miedo a que el mismo destino trágico les ocurriera a ellos.

El monstruo se acercaba y se acercaba. Inmóviles, Carlos y Ricardo lloraban.

El ser desapareció. Los hermanos se miraron empapados en lágrimas.

De repente, a Carlos se le empezó a hinchar la cabeza hasta que los ojos se le salieron de las cuencas y reventó, manchando la ventana y la ropa de su hermano de un rojo brillante.

Antes de que Ricardo pudiese reaccionar, la criatura le agarró con sus brazos gélidos bañados en sangre, tirando de él hacia la salida.

Ricardo habría gritado, pero las calles estaban vacías. La oscuridad se había disipado, pero una densa niebla cubría la ciudad entera.

Aquella criatura, saltaba de farola en farola y hacía parpadear la luz. Tenía trozos de metal y palos clavados en las orejas. Ricardo se retorció de dolor. El ser le clavaba las uñas y las sacudidas le causaban heridas. La mayoría superficiales, pero otras eran tan profundas que sentía cómo las garras del monstruo le arañaban los huesos. Sentía un sufrimiento continuo y hemorragias constantes.

Estaba al borde del desmayo, cuando el ser le agarró la cabeza, se acercó y abrió la boca mostrándole el ojo marcado. Las pupilas de Ricardo se contrajeron ante el glóbulo brillante del monstruo que le causó un estado de muerte aparente.

-

El ser viajaba por la ciudad con el cuerpo del niño en brazos. Para poder mejorar su movilidad, le arrancó brazos y piernas. Las extremidades cayeron a los pies de la ciudad.

Ya a las afueras de la urbe, el monstruo cambió de dirección hacia el parking del campo de fútbol. Aquel espacio, era más grande que el propio estadio. Iba directo a una caravana destartada cerca de uno de los laterales del aparcamiento. Era un modelo antiguo, de hace diez o veinte años. Tenía las ventanas tintadas y desprendía un olor putrefacto. La criatura no entró por la puerta, sino por un boquete en la esquina derecha. Aquel vehículo motorizado era la fuente del hedor que envolvía la ciudad. Estaba repleto de cuerpos y

extremidades sin vida, sangre que cubría el suelo y velas encendidas que iluminaban la grotesca escena. Encima de los asientos, estaban los aposentos de la criatura.

Abrió de nuevo la boca hacia Ricardo, que despertó. El ser le miraba fijamente. El chico, asustado, se dispuso a gritar hasta que se dio cuenta de que el monstruo le tapaba la boca con la mano. Quiso apartarse y salir corriendo, pues seguía sin afrontar el hecho de que carecía de extremidades. Para cuando se dio cuenta, el monstruo le había soltado. Las hemorragias había parado, y se encontró yaciendo en el repugnante suelo, que en algún momento había sido de color caqui.

En un intento de huida, Ricardo rodó hasta chocar con la puerta. El ruido alertó al ser, que se giró. Se iba acercando, paso a paso, infundiendo más y más temor en cada pisada. Cuando el monstruo se agachó, Ricardo podía sentir su respiración en la cara mojada en lágrimas. Se encontraba en estado total de pánico.

Cuando el monstruo empezó a abrir las fauces, en un acto reflejo, Ricardo le escupió en los ojos vacíos, consiguiendo que por primera vez la criatura dejara de sonreír.

El monstruo se levantó y de una patada derribó la puerta, agarró a Ricardo y le lanzó a la calle. En el suelo, el chico miró a aquello que había causado tanto daño a su familia. De su boca salieron cinco palabras: “NOS VEMOS EN TUS PESADILLAS”.